

EL ORDENAMIENTO DE LOS DATOS EMPIRICOS EN ARQUEOLOGIA

Luis Cornejo B.

INTRODUCCION

La arqueología, como toda ciencia que trata con hechos empíricos, es decir, observables en la realidad, debe proceder a la organización de éstos, para así describirlos y entenderlos. Este proceso es llamado corrientemente clasificación, ya que habitualmente consiste en aislar unidades o clases que se distinguen de otras en función de una serie de atributos presentes en los hechos que son sometidos a estudio.

Obviamente, el principal objetivo de la clasificación es poder contar con una estructura coherente y ordenada de la diversidad de las manifestaciones empíricas, sobre la base de la cual se puedan someter a prueba las hipótesis e interrogantes que el cientista pretende resolver.

Sin embargo, a pesar de este objetivo general, la forma en que se ordenan los datos depende directamente de la manera en que cada científico ha asumido, desde un punto de vista teórico y filosófico, la estructura de su ciencia, así como las preguntas a las cuales esta puede ofrecer respuestas pertinentes.

En este sentido, siguiendo a Hanson (1977:13), "la observación es una actividad cargada de teoría". Los instrumentos y parámetros que se usen para observar, cualificar y cuantificar la realidad, están diseñados de acuerdo al alcance que los mismos cientistas ven a su producción de conocimiento y a su concepción de como está organizada la realidad.

Así, el estudioso humanista que no concibe la existencia de regularidades que condicionan el desarrollo de las sociedades, difícilmente podrá llegar a desarrollar estrategias o instrumentos que permitan descubrirlas.

ARQUEOLOGIA Y CIENCIA:SEGUNDAS JORNADAS
Imprenta Museo Nacional de Historia Natural
1987,Santiago de Chile

La arqueología no escapa a estas pocas consideraciones generales, ya que el sólo trabajar con datos empíricos la obliga a generar formas de observación y análisis adecuadas a las preguntas que se pretende responder.

En este sentido, el enfoque histórico-cultural ha venido utilizando el concepto de Tipo como cimiento de su estructura de ordenamiento de los datos arqueológicos. Básicamente, se ha asumido que ciertos artefactos relacionados por una serie de atributos y organizados en Tipos, pueden indicar las dispersión en el tiempo y el espacio de los agregados de materiales que son identificados como parte de una cultura.

"...our pottery type classification represents an effort to recognize divisions within the mass of material recovered from test and excavations that can serve as a basis for reconstructing the culture and its history." (Meggers et al. 1965: 2).

Se ha visto en el tipo una unidad que revela clara y precisamente las variables que a esta arqueología le interesa manejar, en su esfuerzo por descubrir la secuencia histórica de las diversas manifestaciones culturales que existieron en el pasado.

Creemos que en este quehacer se ha logrado un éxito significativo, aunque es necesario realizar, como veremos más adelante, algunas consideraciones críticas al uso del Tipo dentro de esta perspectiva histórico-cultural.

Pero cuando la corriente científica en arqueología cambia su interés hacia otros campos, es necesario desarrollar nuevas herramientas, ya que como vimos, el proceso de observación y análisis tiene que estar ligado a los objetivos de la práctica científica y al marco teórico-metodológico que la sustenta.

Nosotros pensamos que la arqueología debe centrar su atención en el descubrimiento de los principios que rigen el desarrollo de las sociedades, para lo cual se debe acceder, en un primer nivel de aproximación, a una re-

construcción de las sociedades del pasado, de algún modo similar al correlato que obtiene el etnógrafo, en su observación de las sociedades vivas.

Creemos que el concepto de Tipo no es, por sí solo, un instrumento adecuado para descubrir en los restos materiales las actividades sociales que los produjeron, ya que no es capaz de sintetizar los parámetros que se requieren, los que en muchos casos dicen relación con las condiciones contextuales en que fueron rescatados.

Sostenemos que se debe rescatar el concepto de Unidad Arqueológica Socialmente Significativa, desarrollado por Lumbreras (1984 a y b), como la unidad base en el trabajo de observación y análisis de los datos, desde una perspectiva antropológica de la arqueología.

Antes de discutir los problemas de la clasificación arqueológica, es necesario deslindar nuestra posición respecto a las tareas, objetivos y alcances de la labor científica en arqueología.

LA ARQUEOLOGIA COMO CIENCIA ANTROPOLOGICA

Para nosotros, decir que la arqueología debe tener una perspectiva antropológica, significa básicamente que su objeto de estudio es la sociedad. La especificidad de la arqueología viene dada por el tipo concreto de manifestaciones que estudia: sociedades precapitalistas de las cuales es imposible obtener una etnografía directa (véase Cornejo et al. MS.). Esto implica que los restos materiales son sólo un puente para acceder a esa compleja trama de relaciones económicas, sociales e ideológicas, que caracteriza a cada sociedad.

La generación de conocimiento antropológico sobre tal tipo de sociedad, apunta hacia un objetivo que parece ser general a muchas ciencias sociales: el entendimiento de los principios que condicionan el desarrollo de las sociedades humanas, en el que la profundidad histórica y la diversi-

dad fenomenológica de la arqueología, brinda valiosos elementos de juicio.

Es claro que cualquier postulado general sobre la sociedad debe ser sometido a prueba en una gama lo más amplia posible de formas culturales. Un principio general debe regir tanto para los primeros pastores altiplánicos de Los Andes como para los campesinos modernos de Chile Central. Si consideramos que los estudios etnográficos e históricos sólo pueden acceder a un pequeño y poco variado conjunto de sociedades, es evidente que el estudio de la prehistoria se vuelve fundamental. La mayor parte de las manifestaciones culturales que han existido durante la evolución humana, desaparecieron sin dejar registros escritos o antes que la ciencia occidental pusiera su interés en el estudio de la sociedad.

La arqueología, con su enorme rango histórico y cronológico, que va desde el origen del hombre hasta el surgimiento de las sociedades estatales, y con la gran cantidad de sociedades que puede analizar, está en posición de contribuir sustantivamente al desarrollo de las ciencias sociales en general y en particular de la antropología.

En esta tarea, la arqueología debe ser capaz de interpretar los conjuntos de restos arqueológicos como instrumentos que permitan hacer evidente la estructura económica, social, ideológica y política de los pueblos del pasado, para lo cual debe desarrollar los marcos teóricos adecuados y las técnicas pertinentes.

Este proceso, que se ha dado en llamar Reconstrucción Etnográfica (cfr. Gallardo, 1983. Cornejo et al. MS.), es necesariamente el primer paso. Sólo después de tener adecuadas reconstrucciones de las sociedades del pasado, será posible descubrir los procesos que las han afectado, así como los principios generales que las determinan. Primero se debe "hacer la etnografía" para luego interpretarla y explicarla.

Esta tarea ha de ocupar a los arqueólogos, tanto en el campo empírico como en el teórico y el metodológico, durante las próximas décadas.

En esta línea urge desarrollar herramientas de análisis que sean adecuadas a los propósitos enunciados, ya que nos parece que la unidad analítica principal de la arqueología histórico-cultural -el Tipo- no se adapta a las necesidades generadas por las nuevas orientaciones teóricas, lo que esperamos demostrar en las siguientes líneas, y que ya ha sido muchas veces planteado implícitamente.

"...los Tipos de los artefactos por sí solos no pueden otorgar una base adecuada para la clasificación de componentes, aunque sea sólo porque no abarcan lo suficiente de la cultura de los componentes." (Rouse, 1960: 318).

LOS SISTEMAS DE CLASIFICACION TIPOLOGICOS (1)

El concepto de Tipo se refiere a una serie de artefactos relacionados entre sí, según criterios como los de función, forma, materia prima o proceso de producción, usándose de acuerdo a los diversos autores, diferentes combinaciones de éstos.

"Los Tipos deben contener conjuntos de objetos que sean de la misma forma, correspondientes a la misma función y derivados de un igual proceso productivo." (Lumbreras, 1983: 3).

El Tipo es, entonces, el resultado de una agrupación de artefactos, y en algunos casos de otros restos, de acuerdo a una cantidad de características propias, que en ningún caso se relacionan directamente con las condiciones contextuales en que fue depositado, y posteriormente encontrado por el arqueólogo. El Tipo "...expresa elementos de conducta socialmente aceptada y sancionada mediante recurrencia..." (ibid: 3). Sin embargo, por sí mismo no dice nada de las conductas específicas desarrolladas en los lugares donde se descubrieron los restos.

Los principios de la clasificación tipológica, definidos hace casi medio siglo, han permitido desarrollar complejos sistemas interpretativos acer-

ca de la historia cultural de los pueblos del pasado.

"Debe tenerse en mente, en todo momento, que el propósito del método tipológico es la determinación precisa de cada tipo en el tiempo y el espacio, para que en el análisis final sea posible dar a cada tipo de objetos arqueológicos el significado de un jeroglifo, con la ayuda del cual pueda uno leer la historia de la cultura material y social, de todas las generaciones extinguidas de la humanidad..." (Gorodzov, 1933: 102).

En la base de este proceso de inferencia histórica, está la comparación sincrónica y diacrónica de los tipos de restos, la que a través de similitudes y diferencias ha permitido delinear las principales manifestaciones culturales de orden material del pasado. Derivado de lo anterior, los Tipos han servido para definir las culturas "arqueológicas" a través de la caracterización de artefactos típicos (vgr. cultura del anzuelo de concha).

Desde esta perspectiva, la arqueología histórico-cultural ha alcanzado un éxito significativo, al procurarnos un esquema general de la historia de grandes áreas del planeta. No cabe duda que ciertos artefactos son sensibles a los cambios espaciales y temporales propios de la sociedad humana, lo que permite usarlos como indicadores diagnósticos de dichos cambios.

En esta línea, durante algunas décadas, gran parte de la discusión teórica sobre la arqueología se centró en determinar si las unidades analíticas definidas como Tipos tenían o no una existencia real (véase Willey y Phillips, 1958; Mayr, 1959; Rouse, 1960; Conkey, 1978).

Por un lado de la disputa se planteaba que los Tipos eran creados por el arqueólogo y que éstos no respondían a un orden propio de los artefactos, con lo que su validez cultural debía ser atentamente analizada. Desde el otro lado se rebatía en términos de que el Tipo sí tenía una existencia concreta, y que el papel y la habilidad del arqueólogo era encontrar la ordenación de los artefactos, arribando así a parámetros normativos de la

sociedad que manufacturaba los objetos.

Superado el enfrentamiento, del que salió victoriosa la perspectiva positivista, en términos de que se aceptó que los objetos arqueológicos eran susceptibles de ser clasificados de acuerdo a pautas verificables en la realidad, el esfuerzo se ha centrado en tratar de encontrar las formas mas adecuadas de objetivar la tipología. Aquí se ha producido un creciente énfasis en el uso de técnicas cuantitativas y estadísticas, que han dado una sólida base a la clasificación (véase Clarke, 1984; Benfer, 1972; Benfer y Benfer, 1981; Hill and Evans, 1972).

Sin embargo, es inevitable pensar que ha existido una orientación un tanto estrecha en la utilización de los llamados tipos diagnósticos. Se ha confiado demasiado en la "especificidad cultural" de algunos artefactos, lo que ha llevado a definir culturas arqueológicas en su aspecto espacial y temporal, tomando una serie muy limitada de indicadores. En el período Agroalfarero, por ejemplo, se ha excedido con mucho la utilización de la cerámica como indicador cronológico cultural (p. e. Complejo Cultural Aconcagua).

Sin duda, incluso dentro de la perspectiva histórico-cultural, es necesario realizar una revisión crítica a la utilización del concepto de Tipo. Evidentemente, el contexto en que se encuentran los artefactos, otorga mayor singularidad a las unidades culturales que se pretende aislar.

Al ir más allá, y proponer un cambio en los objetivos de la disciplina, que en un primer nivel involucra la determinación de las actividades realizadas por los miembros de la sociedad que se estudia, y el marco sociocultural en que ellas se insertan, es necesario reformular la estructura analítica, pues su actual base -el Tipo- no es sensible a los parámetros que es necesario estimar para llegar a los objetivos propuestos.

Como vimos, el Tipo contiene información social, pero ésta dice relación con las normas que dictan la manufacturación, utilización y, en contados

casos, abandono de los artefactos. No nos informa nada acerca de las condiciones en que los restos se depositaron en cada sitio en particular, es decir, sobre las actividades humanas, así como las no-humanas, que generaron el depósito arqueológico.

Sólo trascendiendo más allá de los restos mismos, es posible inferir las prácticas sociales de un grupo humano. Es en el contexto o asociación de restos donde buscaremos esta información, descubriendo en las relaciones entre el conjunto de artefactos, ecofactos y rasgos que caracterizan a cada depósito, las actividades que los generaron y les dieron estructura.

Sin duda, es el contexto que se convierte en la Unidad Arqueológica Socialmente Significativa (Lumbreras 1984 a y b), la herramienta de análisis básica para abocarse a la Reconstrucción Etnográfica de las sociedades del pasado.

LA UNIDAD ARQUEOLOGICA SOCIALMENTE SIGNIFICATIVA

Las actividades sociales generan a través de su ejecución, una variada cantidad de restos materiales, los que adquieren una configuración específica al pasar a ser parte del registro arqueológico. Obviamente, esta configuración está en relación con el tipo de actividad que la originó y es ahí donde radica la posibilidad de interpretar los restos materiales en términos conductuales.

El razonamiento básico es simple; no podemos entender la actividad que dio como resultado un contexto arqueológico específico, sin considerar a cada uno de los elementos que lo componen y sus relaciones con el total, es decir, la configuración de los artefactos, ecofactos y rasgos. Desde este punto de vista, el análisis de artefactos aislados de su contexto y organizados en Tipos, oscurece el contenido social de los restos, al ignorar los principios de totalidad y de asociación.

Haciendo una analogía con otro orden de cosas, el proceso es similar a la comprensión de una frase escrita o hablada; si bien cada palabra tiene

su propio significado, lo que la hace comparable con otras palabras, sólo tomándolas en cuenta a todas, así como su orden e interrelación, es posible entender el significado temático de la frase.

Como ya vimos, en el campo de la arqueología ocurre algo similar. Los elementos componentes del contexto poseen cada uno un significado propio, el que en la mayoría de los casos dice relación con aspectos normativos de la sociedad, pero sólo al analizarlos en su conjunto, en términos de una configuración, es posible dilucidar la actividad que les dio origen.

"...una arqueología basada en las asociaciones permite rescatar no sólo los cambios que se producen en los artefactos a lo largo del tiempo y el espacio, sino sobre todo posibilita definir las formas específicas o generales de la conducta de los pueblos en cada uno de los momentos de su historia, derivando el dato arqueológico de simple indicador de cambios a indicador de las formas de vida de una sociedad determinada."
(Lumbreras, 1984a: 3).

Desde esta perspectiva, el contexto adquiere el rango de Unidad Arqueológica Socialmente Significativa en términos de que es posible encontrar en él la información que es significativa para el entendimiento de las formas de vida de cada sociedad, como primer paso para la reconstrucción de su formación económico-social.

Para los objetivos definidos, esta unidad es indivisible, ya que si bien contiene elementos que para propósitos específicos pueden ser analizados individualmente, es sólo en la totalidad estructural donde radica su potencial descriptivo de eventos sociales concretos.

Lo anterior no implica que el concepto de Tipo deba ser desterrado del estudio arqueológico. En primer lugar, sigue siendo verdadero que la determinación de Tipos de artefactos permite aislar un conjunto de normas convencionales que regulan ciertas actividades sociales (producción de bienes, utilización de instrumentos, etc.). El Tipo por sí solo contiene valiosa información social, pero ésta es sólo parte de la que nos permite

llegar a los objetivos propuestos en la Reconstrucción Etnográfica.

En segundo lugar, la configuración de elementos arqueológicos nos permite identificar actividades a través de identificar la asociación de ciertos tipos de artefactos, ecofactos y rasgos, determinando la especificidad de cada manifestación arqueológica. Así, por ejemplo, las actividades propias de un taller lítico primario se diferenciarán de las de uno secundario, a partir de las relaciones establecidas entre diferentes 'tipos' de artefactos, instrumentos y desechos líticos, además de las relaciones contextuales de estos. El Tipo es una unidad que ayuda a deslindar las acciones que los ocupantes de un sitio realizaron. Podemos descubrir que en cierto lugar se confeccionaron puntas de proyectil, porque somos capaces de reconocer un grupo de artefactos y restos típicos de la ejecución de tal tarea, organizados de cierta manera determinada.

Por último, el aislar Tipos de artefactos permite en casos muy particulares realizar estudios que no pretenden extraer información social directa de los restos materiales, sino que, por ejemplo, analizar efectos de índole natural sobre el registro arqueológico, tarea que como veremos, es de trascendental importancia en ciertos pasos de la investigación arqueológica.

A esta altura del desarrollo del trabajo, creemos que es bueno someter a una breve discusión una de las pocas investigaciones que ha adoptado una perspectiva en algo similar a la propuesta por nosotros.

Los trabajos de Hill en la aldea Broken K Pueblo (1970), en su época fueron citados como uno de los mejores ejemplos del razonamiento científico propiciado por la ya no tan Nueva Arqueología (Watson et al. 1974: 57). Ahora, después de un período de impopularidad, derivado del derrumbe parcial de la posición de la "arqueología explícitamente científica", puede ser reanalizado, considerando los importantes avances realizados en varias áreas del conocimiento arqueológico, especialmente en lo que se re-

fiere a la formación del registro arqueológico.

Dentro de lo que nos interesa aquí, uno de los principales problemas a que debió enfrentarse Hill, fue definir la función de los recintos componentes de la aldea. Este paso lo afrontó tomando una decisión, que en lo básico es similar a la proposición que nosotros hacemos en este artículo:

"Using the distribution of features, artifacts and nonartifact materials...it should be possible to make some statements about the functions (uses) of three basic room-types. The success of such an analysis will, of course, depend heavily on our ability to assign functional meaning to the various artifacts and other materials involved -and this is not always possible. Even when it cannot be done, however, some functional information can be obtained from an examination of the differential distribution of the items." (Hill, 1970: 48).

Con este esquema básico, logró definir al menos la función de tres tipos de recintos: habitaciones, cuartos de almacenamiento y recintos ceremoniales, utilizando un análisis estadístico de la distribución de 26 ítems, tales como puntas de proyectil, metates, desechos líticos, semillas, etc.

El supuesto básico fue que cierto tipo de actividades debían producir cierta clase de restos. Así, las habitaciones contenían ítems que podían ser atribuidos a la preparación y consumo de alimentos, almacenamiento del agua, manufacturación del equipo de caza, etc. Los cuartos de almacenamiento presentaban evidencias que indicaban el uso como bodegas casi en forma exclusiva, ya sea para almacenar alimentos como otros elementos. Por último, los recintos ceremoniales o Kivas, presentaban evidencias que fueron interpretadas bajo el gran rótulo de ceremoniales, aunque también se apreciaba cierta cantidad de ítems que indicaban otras actividades, todas ellas llevadas a cabo sólo por hombres, tales como el tejido y la confección de instrumentos de caza.

Tal como el autor lo señala (op. cit.: 56), esta aproximación debe ser

considerada como un esfuerzo primario, y que sin duda la identificación de los usos y funciones de los recintos de la aldea deben ser considerados como un primer intento, que debió haber sido profundizado con el tiempo, hecho que no se dió.

En términos muy generales, Hill procedió a identificar Unidades Arqueológicas Socialmente Significativas, en términos de actividades concretas, si bien su trabajo no se ajusta a la rigurosidad que nosotros pondríamos hoy, para realizar tal tarea. Por un lado, su análisis está sesgado por el hecho que sólo consideró ciertos componentes del registro, desdeñando otros en forma completamente arbitraria, incluso reconoce haber botado los fragmentos de alfarería "doméstica", en el terreno mismo, conformándose sólo con contabilizarlos.

Por otro lado, realizó una interpretación errada de la historia de utilización de la aldea, al suponer que muchos cuartos estaban rellenos con basuras secundarias, cuando, tal como se ha visto recientemente (véase Schiffer, en este mismo volumen), la mayor parte de ellos contenían restos primarios. Este argumento, si bien no pudo ser esgrimido en la época del trabajo original, le brinda mucha mayor solidez a los postulados de Hill, por lo menos en lo que se refiere a la función y uso de los recintos.

Sin duda, su principal error fue no considerar el contexto en la forma rigurosa que hoy exigiríamos para dilucidar a partir de él las actividades que lo generaron. Al ampliar su nivel de integración en el estudio de los restos, podría haber sido mucho más preciso en sus inferencias sobre las actividades sociales en la aldea Broken K Pueblo.

El reconocimiento de que en la asociación de restos materiales se pueden descubrir las actividades que generaron el registro arqueológico, no debe confundirse con principios teóricos que suponen, muchas veces en forma implícita, que existe una relación directa entre conducta y registro arqueológico, asumiendo que los restos son fieles representantes de las

actividades que los produjeron.

El estudio de la configuración de restos arqueológicos debe tener cuenta de que existe una serie de procesos de formación natural y cultural (Schiffer, 1976) que condicionan la forma que adopta en definitiva el contexto, desfigurando la relación entre los restos y la conducta. No siempre la asociación directa entre ciertos artefactos implica que en el lugar en que se encontraron se llevó a cabo la actividad que se puede deducir de ellos, o incluso que esa actividad existiera.

Hay muchas formas, tanto culturales como naturales, en que elementos arqueológicos pueden ingresar o constituir un contexto sin guardar relación sistemática con él. El uso como basurero de las casas deshabitadas, dentro de una aldea en proceso de abandono; la incorporación de basuras en los muros de edificaciones y su posterior colapso sobre los pisos; la reutilización de restos que en el momento ya se encontraban en contexto arqueológico; el desplazamiento de materiales por acción de animales; la conservación de artefactos e instrumentos "antiguos"; etc., son algunos de los procesos que moldean el registro arqueológico y afectan las inferencias realizables a partir de ellos.

El cabal entendimiento de estos procesos está todavía en una etapa inicial, en el futuro se debe prestar mucha atención a las técnicas que permitan identificarlos, para así poder hacer mucho más confiables los resultados del trabajo más básico en arqueología. La relación entre los procesos de formación de los depósitos y las Unidades Arqueológicas Socialmente Significativas se encuentra en la base de la pirámide de razonamiento que la arqueología debe construir para acceder al conocimiento de las sociedades prehistóricas, ya que descubrir como se forma el registro arqueológico, implica encontrar la llave para entender su significado social.

En otro nivel, la definición de las Unidades Arqueológicas Socialmente Significativas involucra un problema de muestreo que, lejos de estar re-

suelto en el actual nivel de desarrollo de la disciplina, no ha sido abordado sistemáticamente.

El problema se plantea en términos de cual es el porcentaje de los depósitos que deben excavar o estudiarse para asegurar una representación adecuada de los contextos que permiten identificar las actividades desarrolladas en el sitio. En grandes aldeas, por ejemplo, muchas veces es casi imposible realizar una excavación que abarque el 100% de los recintos que la componen, debiendo tomarse una muestra, con lo que la probabilidad de que se detecten las manifestaciones menos frecuentes, disminuye proporcionalmente con el tamaño de la muestra.

Las preguntas en torno a este dilema son casi interminables, más aún cuando consideramos que los recursos con que cuenta el arqueólogo son siempre limitados. ¿Se debe excavar los pisos habitacionales en la totalidad de su superficie?; ¿Qué porcentaje de las tumbas de un cementerio deben analizarse para tener un contexto adecuado para determinar el reflejo de la organización social en las prácticas funerarias?; ¿Qué porcentaje de la superficie de un conchal permite aislar una unidad definida?; ¿Cuántas cuadrículas deben seleccionarse para coleccionar el material superficial de un taller lítico?.

Es necesario que el arqueólogo evalúe de antemano el tipo de material que va a estudiar, para así determinar más precisamente el tamaño de las muestras que ha de seleccionar. Con la experiencia, el investigador debe ser capaz de predecir con cierta exactitud cual es la configuración general de lo que pretende utilizar, así como utilizando técnicas que le permitan predecir ciertos parámetros (véase Gallardo, en este mismo volumen).

Se debe recordar que en la recurrencia se basa la posibilidad de ir afinando las inferencias sociales que se extraigan del registro arqueológico, y que en el transcurso de una investigación a largo plazo, que incluye continuas revisiones de los pasos anteriores, los errores de muestreo

tienden a neutralizarse, más aún si se aplican, dentro de los límites de su utilidad, las técnicas estadísticas adecuadas.

CONSIDERACIONES FINALES

Es necesario recordar aquí que las Unidades Arqueológicas Socialmente Significativas son sólo el primer paso en la obtención de datos sociales de pueblos del pasado. Estos deben integrarse dentro de un marco coherente, que permita reconstruir la estructura económico-social que posibilitó la existencia de los grupos humanos, siguiendo un proceso de Reconstrucción Etnográfica.

Primero debemos poseer el conocimiento adecuado de las actividades que desarrollaron los miembros de una sociedad, dentro del espacio que ocuparon, para luego integrar estas evidencias en el marco de relaciones sociales, económicas e ideológicas, que si bien no son las conductas en sí mismas, se pueden inferir a partir de su estudio. En esta tarea los conceptos de Patrón de Asentamiento y Sistema de Asentamiento, permiten, en niveles diferentes de integración y complejidad, construir una interfase inferencial adecuada entre el contexto arqueológico y el contexto sistémico (Cornejo et al. MS.).

Por último, debemos recordar que desde nuestra perspectiva la arqueología estudia sociedades y no artefactos o la relación de éstos con la conducta humana. Para nosotros, los artefactos, junto con los otros restos productos de la actividad humana, son sólo un medio que nos permite acercarnos a nuestros datos sociales primarios: la Reconstrucción Etnográfica de las sociedades precapitalistas, de las cuales no se tienen registros escritos y/o no son susceptibles de una etnografía directa.

De lo anterior se deriva que es necesario desarrollar las técnicas que aporten información relevante para la solución de los problemas planteados por los objetivos programáticos definidos. En este sentido, las Unidades Arqueológicas Socialmente Significativas ofrecen una dirección que

debe ser sistemáticamente explorada, sometiendo a prueba sus principales implicaciones.

Santiago, julio 1986

Agradecimientos Comprometen nuestro reconocimiento los colegas Francisco A. Gallardo y José Berenguer, quienes leyeron el manuscrito y realizaron valiosos comentarios que, sin duda, enriquecieron este trabajo.

NOTAS

(1) Una discusión más completa sobre la clasificación tipológica puede verse en el trabajo de B. Bittmann, en este mismo volumen.

REFERENCIAS

Benfer, R.A.

1972 "Factor analysis as numerical induction: how to judge a book by its cover." American Anthropologist 69:719-730.

Benfer, R.A. y A.N. Benfer

1981 "Automatic classification of inspectional categories: multivariate theories of archaeological data." American Antiquity 46: 381-396.

Clarke, M.W.

1984 "Arqueología analítica." Ediciones Bellaterra (Segunda edición). Madrid. España.

Conkey, M.W.

1978 "Style and information in cultural evolution: toward a predictive model for the paleolithic." Social archaeology: beyond subsistence and dating. C.L.Redman et al. (eds). Academic Press. New York. U.S.A.

Cornejo, L; F. Gallardo y L. Suarez

M.S. " La arqueología de asentamiento y la reconstrucción etnográfica: Perspectivas para la investigación." Trabajo presentado a las actas del 1º Congreso de Antropología Chilena. 1985. Santiago.

Gallardo, F.

- 1983 "La arqueología: ¿ Una ciencia social.?" Arqueología y ciencia. Primeras jornadas.: 90-102. L. Suarez, L. Cornejo y F. Gallardo (Eds.). Museo Nacional de Historia Natural. Santiago.

Gorodozov, V.A.

- 1933 "The typological method in archaeology." American Anthropologist 35.: 93-102

Hanson, N.R.

- 1977 "Patrones de descubrimiento. Observación y explicación." Editorial Alianza. Madrid. España.

Hill, J.N.

- 1970 "Broken K Pueblo: prehistoric social organization in the southwest." Anthropological papers 18. The University of Arizona press. Tucson. U.S.A.

Hill, J.N. y R.J.

- 1972 "A model for classification and typology." Models in archaeology.: 231-273. D.L. Clarke (Eds.). Matheun. Londres, Inglaterra.

Lumbreras, L.G.

- 1983 "El concepto de tipo en arqueología (I)." Gaceta arqueológica andina 6 :3.
- 1984a "Unidad arqueológica socialmente significativa (I)." Gaceta arqueológica andina 10 : 3.
- 1984b "La unidad arqueológica socialmente significativa (II)." Gaceta arqueológica andina 11:3.

Mayr, E.

- 1959 "Typological versus population thinking." Evolution and anthropology: a centennial appraisal.: 409-412. B. Meggers (Ed.). Washington anthropological society. Washington D.C. U.S.A.

Meggers, B.; C. Evans y E. Estrada

1965 "Early formative period of coastal Ecuador: the Valdivia and Machalilla phases. Smithsonian Institution. Washington. D.C. U.S.A.

Rouse, I.B.

1960 "The classification of artifacts in archaeology." American Antiquity 25: 313-323.

Schiffer, M.B.

1976 "Behavioral archeology." Academic Press. New York. U.S.A.

Watson, J.P.; S.A. LeBlanc y C.L. Redman.

1974 "El metodo científico en arqueología." Editorial Alianza. Madrid. España.

Willey, G. y P. Phillips

1958 "Method and theory in american archaeology." University of Chicago press. Chicago. U.S.A.